

Don Pepito

Arturo Alonso Castillo

R.I.M. nº 40; Maig-Juny 1992

MEMORIES DE BURJASSOT

Don Pepito

Foto procedente del programa de fiestas del año 1927, facilitada por cortesía de D. Arturo Alonso Castillo



E

SCRITA la anterior historia de Doña Victoria, publicada en el número 39 correspondiente a los meses de marzo y abril, escribimos la de otro buen ciudadano que también se hizo de querer de todos los vecinos de nuestro Burjassot.

Nació y vivió con sus padres en la calle Jorge Juan al lado de la farmacia que, construida de nuevo ahora, tiene un poco de retiro de su anterior emplazamiento. Don Pepito, como a él le gustaba que le llamaran, no era muy alto físicamente, sin ser subnormal no tenía las facultades bien desarrolladas, por lo que sus padres ante la imposibilidad de dedicarlo a alguna profesión se cuidaron ellos mismos de enseñarle a leer y escribir correctamente y educarlo convenientemente para que dadas sus características pudiera defenderse en el trato y sus amistades con los vecinos de Burjassot.

MEMORIES DE BURJASSOT

Y así fué, siempre iba muy bien vestido y limpio, con un traje impecable, corbata, sombrero hongo (que entonces estaba de moda) y un bastón, que aunque no le hiciera falta para andar se usaba en aquellos tiempos para presumir pues estaba de moda. Usaba gafas de un cristal un poco grueso ya que el don de la vista era lo único que no tenía bien del todo, pero Don Pepito no se sentía por eso acomplejado, al contrario, encantado de su manera de ser y lo que le habían enseñado sus padres se defendía bien en el trato con las gentes. Según mis referencias sus padres económicamente no padecían estrecheces para vivir normalmente, al tener el padre un buen empleo en Valencia con un magnífico sueldo, con el que tenían asegurada su supervivencia.

¿Que hacía Don Pepito?. Pues como ya queda dicho, gracias a las enseñanzas de sus padres era muy educado y cuando salía a pasear saludaba muy correctamente a todas las mujeres de cualquier edad, y sombrero en mano después de los “buenos días o buenas tardes” les preguntaba por su salud y la de toda su familia, y al despedirse de ellas hacía una reverencia inclinándose y quitándose el sombrero al tiempo que se despedía de ellas siguiendo su camino. También entablaba conversación con las jóvenes a las que gustaba su forma de expresarse, por su educación y cortesía era muy querido y estimado como ya queda dicho de las jóvenes.

Hubo muchos jóvenes que llegaron a tenerle algo de envidia por la facilidad que tenía de hacer amistad con las chicas. Y como esto lo sabían algunas jóvenes que tenían novio aún conversaban más con él, lo cual llegó a darle serios disgustos a más de una pareja de novios sin motivo alguno para pensar mal de Don Pepito, pues éste cuando se enteraba buscaba a los interesados y les hacía comprender lo equivocados que estaban pues nunca había mala fe.

A los hombre mayores y también a los jóvenes les saludaba con toda cortesía y educación con el sombrero en la mano y la inclinación de cabeza. Pero si él notaba el más leve asomo de que le burlaban el burlador salía burlado con más de un palmo de narices y no se dejaba atropellar por nadie, fuese quien fuese. Visitó a los enfermos cuando se enteraba de que algún conocido suyo, al igual que si no lo era, para darles ánimos y desearles que se pusieran pronto buenos. Asistió también a los entierros de los que él se enteraba, tanto si eran conocidos suyos como si no para darles su más sentido pésame en nombre suyo y de sus padres.

En las Fiestas de la población acudía a todas las procesiones que se celebraban, luciendo su mejor traje, erguido como su cirio, que siempre sobresalía de los demás, y en esos momentos solo atendía al acto por el cual iba a llevar el cirio. A San Roque, Virgen de Agosto, Virgen de la Cabeza, en el Santo Entierro de las Fiestas de Pascua de Resurrección y el Encuentro de Jesús con su Madre, que entonces se celebraba en la Plaza del Pozo.

Nunca dió un mal espectáculo en la calle si es que no lo provocaban para reirse de él. Sus paseos favoritos eran los Jardines de la Plaza de Emilio Castelar y el Patio de “Los Silos”, de los que decía que era una gran obra, y presenciaba cómo se sacaba el trigo de los silos y cómo lo metían, hablando con los trabajadores y queriendo ayudarles, lo cual no se lo consentían pues le decían que se ensuciaría y su madre le reñiría, comprendiendo él los consejos de los empleados.

Su fallecimiento fué muy sentido, más por el elemento femenino que por el masculino. Ellas habían perdido a un gran amigo, que es lo que verdaderamente fué en vida, un excelente amigo para todos. Sus padres agradecieron mucho al pueblo de Burjassot las muestras dadas por el dolor que les causaba el fallecimiento de su hijo, quien fué recordado durante mucho tiempo por haber sido un magnífico compañero y amigo. Deseamos como buenos católicos que eran que tengan el descanso eterno.

ARTURO ALONSO CASTILLO